

SEVERO SARDUY

OTRO DAIQUIRI

De ese amor, o ese cuidado
que tantas veces te di,
mudo cambio recibí,
más herida en el costado.
Sirva mi cuerpo cifrado
de emblema o de silogismo
de una heráldica en abismo.
La piel es un blasón vivo:
se descifra en negativo
y se lacera a sí mismo.

Ya lo ves: de aquella brasa
cuyo ardor te calcinó,
saciado, sólo quedó
dispersa ceniza escasa.
Muda inconstancia que abraza
el aparente sentido
del cuerpo oscuro y prohibido
—o del tuyo en el espejo
de la otra piel—. No me quejo
de arder. Ni de haber ardido.

Ni firmas, ni firmamento,
ni el mar con su gris sereno,
ni ruinas, sueños, veneno,
gozo, quejido, contento.
Todo se lo lleva el viento
con su rauda polvareda.
Huesos sí. Mas no remeda
la minuciosa armadura
más que el rostro y la figura:
uñas y pelo, eso queda.

Flauta. Son. La madrugada
se descompone en su prisma
de grises donde se abisma
el gris de tu voz rajada.
Blanco. La línea borrada
de una guitarra. Lo sabes:
corresponden con los graves
las diferentes texturas
del tres. El color sutura
y da el compás de las claves.

Tu cuerpo se recortaba
contra la persiana oscura
trazando una línea pura
—la del torso— que ondulaba
con tus gestos. La chilaba
—una línea paralela—
en el espejo, una vela
y la curva de una fruta
eran la doble voluta
que estructuraba la tela.

Cuerpo con cuerpo: las pieles
se aproximan y se alejan
entre espejos que reflejan
su deseo. No develes
la imagen —esos laureles
fenecen—; no te aconsejo
confiar en ese reflejo,
porque ese doble perverso
te revelará el reverso:
hueso con hueso, pellejo.

•

La letra con sangre entra.
Como el amor. Mas no dura
en el cuerpo la escritura,
ni con esa herida encuentra
paz el amante. Se adentra
en el cuerpo deseoso
con su mal. Alegoría
de nuestra postrimería:
jeroglífico morbosos.

•

Se esforzaba. Su jadeo
ante el jardín clausurado
era el de un ciervo asustado.
La furia —más que el deseo—
de penetrar, era el reo
que lo impedía... Que ejerza,
según la torre se tuerza,
jaque anexo, desviada,
y cifre, en esa morada:
"más vale maña que fuerza".

•

Duro trabajo es el duelo,
que no se aprende ni olvida
ni a lo largo de la vida
se perfecciona. Desvelo
inútil: porque a más celo
menos ganancia. A la obra
algo le falta o le sobra
para alcanzar su estatura
—que es el olvido—. Sutura
con lo que no se recobra.

•

En la sed y en el alivio
de la sed, crepuscular,
en la honda noche insular
sobre el mío tu cuerpo tibio.
Silencioso, el guarismo
de mirada, voz y sexo
en la alquimia de lo mismo:
como al revés o en abismo
en un espejo convexo.

•

No acudas a linimento,
alcanfor, miel o saliva,
que atenúe el momento
de más ardor. No se esquivo
con ardid, ni se deriva
esa quema: se convierte
en su contrario. Divierte
el placer así obtenido
por el sendero invertido:
más vida cuanto más muerte.

•

Tanto arder, tanto valor,
tanto ataque y retirada
ante ese umbral en que nada
alivia más el dolor
que su incremento. O mejor:
hay un punto en el que el exceso
—y que mediten en eso
los mesurados— bascula
en su contrario. Calcula:
ir más allá es un regreso.